

ontológico, de la ambigüedad de la diferencia, con lo que la dualidad del discurso de los orígenes como discurso histórico y discurso esencial adquiere un sentido pleno.

La ambigüedad de lo originario en Martin Heidegger concluye de esta forma, mostrando esa estética política de las ambigüedades metafísicas que ha venido rastreándose en el recorrido por el pensar de Heidegger hasta estos últimos textos de los años 30 analizados. El libro deja las puertas abiertas para su continuación, pues la conexión entre la estética y metafísica conducirá a Heidegger a un problema clave, la penuria del arte como penuria del Ser. Esto queda solamente enunciado y preparado para su examen, que de una forma u otra asumirá en su comienzo la ambigüedad de lo originario, la cual deberá mostrar su desenvolverse en esa confrontación entre arte y Ser, entre arte y verdad.

Domingo HERNÁNDEZ SÁNCHEZ

LÓPEZ DE LA VIEJA, M.^a T. (ed.): *Figuras del logos. Entre la Filosofía y la Literatura*. Madrid/México: F.C.E., 1994; 300 páginas.

El pensamiento actual se mueve en direcciones que exigen cada vez más modos de reflexión capaces de flexibilizarse, de adaptarse a perspectivas que se refieran a la realidad con métodos y contenidos alejados de una univocidad simple. La necesidad de alcanzar un tipo de discurso centrado en los objetivos, más que en el tipo o el medio que lo define, es por ello ineludible. Así, la relación entre filosofía y literatura se presenta, asumiendo esos caracteres, como una estrategia privilegiada para mostrar la pluralidad y complejidad de los usos de la razón, con una intención amplia y concreta: lograr una comprensión lo más precisa posible de las experiencias teóricas y prácticas. *Figuras del logos. Entre la Filosofía y la Literatura*, conjunta una serie de artículos, firmados por especialistas de distintos países, que examina diversas formas de entender la relación interna entre discurso literario y filosófico, así como las consecuencias que se pueden deducir de ella y los campos que se abren a partir de su investigación.

Christiane Schildknecht, en el texto que inicia el volumen, analiza una idea *ampliada* en la filosofía, que vaya más allá del concepto de conocimiento proposicional. Tratar los contenidos filosóficos *en tanto que* literatura, y no *en forma de* literatura, introduce el plano de mostrar el sentido, asequible sólo de un modo indirecto, y remite a la filosofía a un campo en el que los componentes prácticos y teóricos sobrepasan el discurso racional. A través del examen de la forma dialógica del discurso (Platón) y de la aforística (Lichtemberg), se muestra cómo las formas literarias de la filosofía permiten acceder a un ámbito en el que el conocimiento puramente proposicional permanece insuficiente. María Herrera Lima, en el segundo artículo del libro, considera que la narrativa es un modelo de descripción válido para comprender la experiencia moral, con lo que el discurso literario vendría a completar la tarea de la investigación filosófica. Mediante el análisis de las ideas de McIntyre y de M. Nussbaum sobre la relación entre filosofía moral y literatura, se presenta una descripción de la experiencia moral, que debe incluir aspectos del discurso literario para poder dar cuenta de los contextos reales de acción sin acudir a formulaciones demasiado abstractas y alejadas. Gottfried Gabriel, por su parte, arguye en favor de la perspectiva cognitivista de la literatura sobre bases semánticas y no sólo emotivistas; esto es, la literatura transmite conocimiento, un conocimiento no-proposicional. El texto literario sugiere, connota, familia-

riza con situaciones, con formas de vida; en una palabra: *muestra*. Así, si se admite el acto del mostrar como un acto legítimo del significar, ha de reconocerse el valor cognitivo de la literatura, siempre que se supere el campo de la filosofía del lenguaje y la semántica tradicionales. Estos tres artículos, el de Schildknecht, el de Herrera Lima y el de Gabriel, forman la sección «Filosofía y literatura: una relación compleja», primera de las cuatro que comprende el libro.

La segunda parte del volumen, «Ficción como conocimiento: reconstrucciones», se inicia con un texto de Carlos Pereda, que analiza el enfrentamiento entre la retórica de corte clásico y las críticas que el romanticismo vertió sobre ella. Este enfrentamiento es el de dos subjetividades distintas: la subjetividad indeterminada y dirigida normativamente «desde afuera» (retórica clásica), y la subjetividad determinante, que se regula a sí misma (romanticismo). Pereda muestra, mediante el examen de las ideas de Kant y Borges sobre la retórica, la imposibilidad de mantenerse en la simplificación que, por separado, llevan a cabo tanto una subjetividad indeterminada como una subjetividad igual de indeterminada, pero poderosamente determinante; el proceso del sujeto no puede ser reducido a un vértigo simplificador. César González, en el segundo texto de esta sección del libro, examina el desarrollo de los estamentos de poder en la Edad Media, hasta la aparición, con la traducción de la *Política* de Aristóteles, del concepto de Estado como expresión de ley natural, así como de la propia noción de política. Hasta llegar ahí, el emperador como ser supremo, concepto reforzado por las ideas neoplatónicas y la doctrina paulina, y el papado, justificado tanto por las Escrituras como por la constitución romana, habían mantenido el papel principal en las funciones de poder. González muestra cómo el *Policratus*, de Juan de Salisbury, es un buen modelo para este tipo de aparato político. José Manuel González García, por su parte, analiza el papel de la metáfora en el discurso del pensamiento político. Partiendo de los elementos metafóricos utilizados por Hobbes y de las ideas negativas que, sin embargo, éste mantenía ante su utilización, González García lleva a cabo un intento de clasificación de las metáforas en el lenguaje político. Su recorrido por las imágenes relacionadas con lo orgánico, con la técnica, con la mitología y con el teatro, le permite mostrar la importancia de la metáfora en la argumentación política, siempre y cuando la utilicemos como una ayuda para transmitir pensamiento e interpretar los textos, y nos mantengamos atentos ante su posible efecto enmascarador. M.^a Teresa López de la Vieja, en el artículo que culmina esta sección del volumen, examina el modo de tratar la dialéctica de lo intersubjetivo y el mutuo reconocimiento en dos tipos de discurso distintos, el filosófico de Hegel y el literario de R. Walser. Hegel privilegia la unidad, la totalidad de las diferencias y antagonismos, que se mantienen como simples momentos en un movimiento de reconciliación última. R. Walser muestra cómo la narración *cuenta* la historia, la crónica de la transformación inherente al proceso de reconocimiento. Se produce, así, un salto fuera de un sistema de conciliación de momentos y se privilegian las tensiones mismas del reconocimiento. Esto permite a la autora conectar, al final de su escrito, con las ideas de Habermas sobre la relación entre filosofía y literatura, pues puede argüirse que el rechazo al afán conciliador de la dialéctica hegeliana se articula en Habermas desde su negativa a los privilegios del estilo como formación.

La tercera sección del libro, «Texto y sujeto», comienza con un artículo de José Miguel Marinas en el que se lleva a cabo un análisis de diferentes formas de *decir* la intimidad en la historia del pensamiento, mostrando con ello diversas facetas en los modos de actuación y representación del sujeto moral. El recorrido por la figura *demónica* de la intimidad griega, la intimidad *vacía* de la teología política premoderna, la intimidad *dual* de la modernidad y la intimidad *diseminada* del momento presente, culmina con lo que debe fundamentar el espacio de lo íntimo: aglutinar lo común de los

procesos que nos definen y sostener lo íntimo en solidaridad con otras intimidades en curso. Carlos Thiebaut, en el texto que sigue al de Marinas, mantiene el tema de la construcción del sujeto. Mediante el análisis de las ideas de Habermas y Paul de Man sobre la literatura, examina cómo la teoría crítica, debido a su apoyo en el modelo lingüístico de los actos de habla, se ve incapacitada para entender el proceso de construcción de la subjetividad que tiene lugar a partir de la dimensión expresiva de los textos literarios. La compleja y reflexiva subjetividad moderna se percibe mejor desde una tropología y gramática de los textos que desde el análisis de los actos de habla; o, de otra manera: Thiebaut muestra cómo el examen de los contenidos éticos de la modernidad no puede ser separado de la capacidad mostrativa que poseen las figuras del discurso literario. Por último, Luz Aurora Pimentel, en el artículo que cierra esta sección, explora tres situaciones narrativas básicas: la narración autoral, la narración figural y la narración en primera persona, partiendo de la caracterización de *relato* como redescrición del mundo mediada por un punto de vista. Así, la propia subjetividad siempre media en la representación del objeto narrado, sea de una forma u otra dependiendo del tipo de situación narrativa: los modelos de conocimiento autorizados, los discursos del saber oficial o el sistema de valores en el que se asienta el autor, son ya modos de intervenir reflexivamente en toda tentativa de significar la experiencia directa.

La última sección del volumen, titulada «Lenguaje y mundo», se abre con un artículo de Gerard Vilar, en el que se investiga el lugar de la ética en la filosofía a través de una reformulación de la filosofía de la praxis. El tema a examen es el problema de la autoproducción racional del hombre y sus condiciones de existencia; a través del análisis de distintas formas de entender el concepto de *razón* a lo largo de la historia del pensamiento, se concluye mostrando cómo la razón comunicativa habermasiana es quizá el mejor modo para poner verdaderamente en contacto razón y ética. Junto a esto, Vilar presenta también el carácter literario de la filosofía en su papel de abrir sentidos y construir mundo, aunque literatura y filosofía siempre vendrán diferenciadas por la pretensión de verdad, inseparable del discurso filosófico. Por su parte, Pablo de Greiff, en el texto que sigue al de Vilar, trata la relación entre ética y temporalidad. En primer lugar, analiza tal tema en la ética kantiana y en la aristotélica: el sistema de éste abraza el tiempo, pero simultáneamente pretende clausurarlo; Kant, por su parte, intentaría escapar de los límites de la temporalidad. A continuación se muestra cómo la ética discursiva habermasiana, utilizada como mediadora entre Kant y Aristóteles, puede alcanzar vías para salir del horizonte temporal en el que nos movemos, un horizonte que se encierra en el presente e imposibilita por ello resolver problemas éticos y sociales urgentes, pues Habermas intenta mantener el puesto de la universalidad en la ética, pero lo hace dentro de los límites del tiempo. Por último, Cristina Lafont, en el artículo que cierra el libro, examina dos modos diferentes de entender el lenguaje, el tradicional y el del «giro lingüístico» en la filosofía alemana, que iría desde Humboldt o Hamann hasta Heidegger o Gadamer. Ambos, aunque de una forma distinta, hipostatizan uno de los elementos del lenguaje: el concepto tradicional, al considerar al lenguaje como instrumento, lo reduce a su función de designación; en el «giro lingüístico» se hipostatiza su función de apertura del mundo. Lafont muestra, con autores como Putnam, Donnellan o Kripke, que sólo una explicación de la relación de designación que vaya más allá de la relación de atribución propia de la predicación podrá dar razón de la posibilidad de revisión de nuestro saber, inherente al lenguaje mismo.

La relación entre discurso filosófico y discurso literario viene analizada, pues, desde distintos puntos de vista y con intereses distintos. Y, sin embargo, la base que aglutina el conjunto es siempre la misma: ser capaces de acceder a un tipo de discurso, y

con ello a un tipo concreto de reflexión, que se muestra capacitado tanto para dar razón de la compleja realidad en la que estamos situados, como para acceder a niveles prácticos en su argumentación.

Domingo HERNÁNDEZ

RÁBADE ROMEO, S.: *La razón y lo irracional*. Editorial Complutense, Madrid, 1994; 284 páginas.

La preocupación filosófica de Sergio Rábade se ha plasmado y vertebrado principalmente a través de la gnoseología: al estudio filosófico de los problemas del conocimiento ha dedicado la mayor parte de sus trabajos. Y lo ha hecho abordando *in recto* los problemas nucleares del conocer mismo y adentrándose en las obras de aquellos pensadores para quienes la cuestión primera y fundamental que ha de atender y resolver el quehacer filosófico no es otra que la del conocimiento. La sola consideración de algunos de sus libros así lo atestiguan¹.

Como ha escrito Antonio M. López Molina, al estudiar las obras sistemáticas de Rábade, «las líneas fundamentales que constituyen la concepción más personal de nuestro autor acerca del *conocer humano*» giran «en torno a cinco conceptos que interpretan desde diferentes perspectivas los modos mediante los que el filósofo puede acercarse reflexivamente a este hecho. Tales son las categorías de *ser, conciencia, experiencia, cuerpo y razón*»².

De la «razón» no ignora el profesor Rábade que es un tema-problema que, por referirse –lo diré con palabras de Adorno– «a un momento idéntico dentro de lo no idéntico, a un momento unitario en lo diferente», tiene «tan pronto un significado único como también diverso»³. Es asimismo consciente de la tremenda empresa a que se enfrenta en el instante mismo en que se plantea qué es la razón, pues «siglos de reflexión –afirmaba Jaspers– no han agotado este gran tema de la filosofía, ningún saber sistemático le ha dado un tratamiento exhaustivo»⁴. Tanto de la plurivalencia como de los variados sentidos de que la historia ha dotado a la «razón» se ha hecho eco Rábade: La ambigüedad que ésta sufre «se origina fundamentalmente en unas nunca bien aclaradas relaciones entre el entendimiento y la razón»⁵.

¹ Cfr. «Bibliografía de Sergio Rábade», en *Anthropos*, 108 (1990), p. 24, y «Esbozo biográfico del profesor Rábade Romeo y la contribución de su pensamiento al desarrollo de la filosofía en España», en *Anales del Seminario de Metafísica*, Número Extra (1992), pp. 16-18.

² «Sergio Rábade Romeo: Razón y Experiencia (Elementos para una teoría general del conocimiento)», en *Anales del Seminario de Metafísica*, Número Extra (1992), p. 26. De las monografías que Rábade ha dedicado a la historia de la filosofía se ha ocupado Atilano Domínguez en «Contribución del profesor Rábade a la Historia de la Filosofía», en las pp. 69-85 de ese mismo número de *Anales*.

³ Adorno, T. W.: *Terminología filosófica*. Versión española de R. Sánchez Ortiz de Urbina, revisada por J. Aguirre. Taurus, Madrid, 1977, t. II, p. 77.

⁴ Jaspers, K.: *La razón y sus enemigos en nuestro tiempo*. Traducción de L. Piossek. Sudamericana. Buenos Aires, 1957, pp. 43-44.

⁵ *Método y pensamiento en la modernidad*. Narcea, Madrid, 1981, p. 97. Líneas que siguen así: «Si se nos permite una explicación sumaria, cabe decir que el entendimiento pertenece a la razón como el principal elemento de la misma, pero el entendimiento no agota la razón, bien porque haya otras funciones pensantes que no son “intelectuales” –recordemos a Kant–, bien porque deba integrarse en la razón otra función no estrictamente cognoscitiva, pero sí “racional”, como puede ser, por ejemplo, la voluntad –en esta línea estaría Descartes–».